

según las costumbres del país, lo cual — sea dicho de paso — contribuyó notablemente a la serie de revoluciones sangrientas que llenan las páginas de la historia del Zululand. Por regla general, el rey sólo da su consentimiento para casarse a los soldados antiguos que más se han distinguido en la guerra; sucediendo a veces que un regimiento especialmente benemérito ó favorecido lo obtiene una sola vez. En cambio, es ilimitado en las ekandas el número de concubinas. A consecuencia de ese principio fundamental no podía nacer ningún hijo en las ekandas, en donde no estaba permitido el matrimonio y si alguno nacía no podía dejarse con vida. En tiempo de Tschaka, sólo una ekanda podía tener hijos. Ya se comprenderá que la única manera de contener la disminución de población que esto traía consigo eran las expediciones inspiradas por la idea del robo, y en efecto el deseo de conquistar mujeres era, en las incasantes guerras de los zulú, un impulso tan poderoso como el afán de aumentar los rebaños.

La alimentación de los soldados corría de cuenta del rey y consistía en *utschalla* por la mañana y carne de buey por la tarde. Los sub-oficiales tenían que cuidar del reparto de la comida entre los individuos de su compañía. La carne, generalmente cocida, era colocada en esteras, y los sub-oficiales la partían con unas azagayas de mango corto y la distribuían entre los soldados que estaban sentados formando estrecho círculo a su alrededor. La cerveza se distribuía también de una manera análoga por compañías. Una de las escenas más típicas de la vida zulú es ver cómo las mujeres se dirigen, todas las mañanas y todas las tardes, en largas filas y entonando monótonos cantos, al lugar amurallado en donde los soldados hacen sus comidas, llevando cada una de ellas en la cabeza un gran puchero de *utschalla* ó de cerveza. En tiempo de guerra, el tren de bagajes (*esibuto*), compuesto de mujeres, niños y prisioneros de guerra, sigue al ejército conduciendo los bueyes necesarios para el sustento de éste. El rey tiene el derecho de percibir los frutos de los campos que necesitan sus tropas. Este tren guía y asa las carnes para los guerreros, les proporciona agua y lleva las esteras y las cubiertas, de suerte que los soldados en su marcha sólo han de llevar las armas. Lo que no puede en manera alguna faltar entre los aprestos de campaña, como entre nosotros los médicos y cirujanos, son los hechiceros, que antes de comenzar la lucha han de proceder a la purificación salutífera (*ukukufula*) del ejército que en forma de círculo se coloca cerca de la capital, y antes de librar la batalla han de cuidar de «hacer victoria.» A esta purificación precede una cura hecha durante mucho tiempo con vomitivos y purgas á que han de someterse todos los soldados; hecha la cual se robustece el cuerpo, de esta suerte librado de todo mal, con carne y cerveza en abundancia, procediéndose por último á la gran purificación y consagración, para las cuales han de estar presentes el rey y todos los generales: para esto, se cortan de un buey vivo pedazos de carne de la espalda, que son asados con hierbas amargas en las brasas y distribuidos entre las tropas de manera que cada soldado tome un bocado. El que vomita aquel amargo pedacito es castigado con pena de muerte. Luego se lleva al hechicero una medicina y con ella rocía por medio de una cola de buey á todo el ejército. Ambas cosas se llevan á cabo en medio de palabras pronunciadas en voz muy baja y de signos misteriosos.

Después del ejército, sigue la vida jurídica como una de las instituciones más desarrolladas de los zulú: aun cuando no carezca de ciertos rasgos de crueldad, que caracterizan toda la vida y todo el modo de ser de este pueblo, quizás ningún otro ofrece en este punto tantas afinidades

con ideas civilizadas y ninguno presenta mayor número de puntos de enlace que permiten asimilarse influencias civilizadoras. Ciertamente que sus ideas jurídicas aparecen sumamente confusas, dentro de nuestro modo de pensar, pero en ellas se nota una imperiosa necesidad de obtener por los litigios lo que consideran justo, dedicando á ello muchas veces gran cuidado y no poco tiempo. Sus jueces son los caudillos y el rey, correspondiendo á éste la última y suprema instancia, cambiando á cada generación las leyes según las apreciaciones del monarca. Así por ejemplo, Ketschwäyo ha suavizado muchos castigos que se aplicaban en tiempos de Mpande y sobre todo de Tschaka y de Dingan, condenando á muerte únicamente á los desertores, hechiceros y envenenadores. Cuando Ketschwäyo sucedió en el trono á su padre Mpande (1872), el residente inglés Shepstone le convenció de la necesidad de introducir, entre otras mejoras, la ley según la cual nadie podía ser condenado á muerte sin formación de proceso. Así lo hizo en apariencia, pero esta innovación, precisamente la más humanitaria y natural, no prosperó porque atentaba contra una de las más fuertes raíces de la monarquía. En tiempo de Tschaka, el robo era castigado con la muerte é igual pena se imponía á los que estornudaban ó expectoraban en presencia del tirano y á los que no lloraban cuando fallecía algún individuo de la familia del rey. Prescindiendo de estas arbitrariedades, los castigos para los delitos menos graves consistían en azotes, pena que en su origen no conocieron los cafres, y en multas que se pagaban con reses. El robo de reses se castigaba con el pago del duplo al décuplo de las piezas robadas, y los daños causados en un campo se penaban con la entrega de un becerro ó de un buey. Las injurias eran también castigadas con la entrega de reses y, si los parientes lo querían, con la muerte, lo cual sucedía raras veces en tiempo de paz. Nauhaus dice que entre los cafres del Sudoeste el asesinato se purgaba con una multa de 5 ó 6 bueyes. No se castigaba el asesinato de aquellos hombres á quienes la voz pública acusaba de haber hechizado á otros. La pena de muerte se aplicaba de varias maneras, siendo las más usadas retorcer el cuello, ahorcar, estrangular, romper la nuca, matar á golpes de maza, empalar y precipitar desde una roca. Los cadáveres de los ejecutados eran abandonados á las fieras.

Su procedimiento admite un juramento por los padres muertos ó por el caudillo ó por el rey viviente; aprecia los antecedentes y permite una serie de instancias muy complicadas. Los debates se llevan con gran amplitud oratoria. El que quiere formular una demanda, reúne á sus amigos ó vecinos, quienes provistos de sus armas, se dirigen con él á la cabaña ó á la aldea del acusado y una vez allí se sientan en un sitio fácilmente visible para esperar tranquilamente el efecto que hace su presencia. Este efecto — dado que se ignora la intención que llevan — no se hace esperar, pues en seguida se juntan en actitud igualmente expectante los hombres adultos de la vecindad ó de la aldea del acusado, los cuales dicen gritando á los forasteros, por regla general mal vistos: «Decidnos la novedad», después de lo cual el encargado de llevar la palabra expone minuciosamente la acusación, viéndose interrumpido continuamente ora por las observaciones y rectificaciones de sus propios compañeros, ora por las preguntas que en todos sentidos le hacen sus adversarios. Por de pronto, los debates no pasan de aquí, por cuanto después de algunas horas de discusión acuerda en absoluto el partido del acusado que los hombres aptos para dictar sentencia no están allí y que sólo hay niños que no entienden nada de tan importantes asuntos. Al día siguiente, reúnen tantos hombres como pueden, en-

tre ellos los que son considerados hábiles oradores, aduciendo por ambas partes toda clase de razones y de réplicas. El partido acusado comienza á exponer su modo de pensar, el acusador repite el suyo, procurando rebatir uno por uno con energía y astucia, todos los puntos sentados. Cuando un orador se fatiga, lo reemplaza otro é insiste de nuevo sobre lo que ya se ha dicho, aduciendo nuevos argumentos. Una vez agotadas las razones en pro y en contra de las dos partes, el acusador se retira y éstas examinan las ventajas ó desventajas de la posición en que han conseguido colocarse. Si uno de los partidos comprende que no puede sostener su causa, comienza por ofrecer la indemnización más pequeña posible, y si no se llega á un acuerdo definitivo, el querellante apela para ante el *umpakati* del distrito vecino, en presencia del cual vuelve á exponer toda la cuestión con gran amplitud, reproduciéndose todas las discusiones hasta entonces sostenidas, y tratándose con preferencia en esta instancia de las más íntimas relaciones y sobre todo de las desigualdades de las familias. Si el *umpakati* cree haberse formado ya idea clara del asunto, lo resuelve, bien que tomándose para ello una semana. Si no se considera apto para ello ó si alguna de las partes no está contenta con su decisión, puede interponerse apelación de ésta para ante el caudillo y el consejo. Al acercarse el querellante á éste, dícele desde donde pueda oírlo: «Formulo una querrela» á lo cual le contesta: «¿De qué te querellas?» Mientras se sostiene un diálogo á gritos, aproximase el querellante con todos los que le acompañan hasta llegar á un sitio de antemano señalado — á unos 50 pasos de la cabaña del consejo — en donde se detiene y se sienta tranquilamente. Si sale casualmente alguien de la referida cabaña y se acerca á los querellantes, pregunta: «¿De qué os querelláis?» y entonces le explican la cuestión con todos los accidentes: esto puede repetirse muchas veces y el mismo caudillo comparece también, formula sus preguntas pero sin estarse quieto, pues las preguntas y las respuestas se hacen desde lejos. Del capricho del consejo depende la mayor ó menor duración de este difuso procedimiento, hasta que, finalmente, el asunto es llevado ante él siendo entonces llamada la parte contraria. El caudillo permanece sentado ó echado en su estera y en actitud indiferente en medio de su consejo, y ante él se exponen de nuevo las demandas y las contestaciones, durante las cuales los consejeros y á veces el mismo caudillo formulan sus objeciones, preguntas, etc., hasta que la cosa ha sido tan dilucidada que pueda ya dictarse sentencia. Apenas pronunciada ésta, el partido favorecido se arroja á los pies del caudillo, los cubre de besos y ensalza con exageradas frases su sabiduría y su justicia. Desde el «gran lugar» se proporciona al vencedor en el litigio una pequeña fuerza armada encargada de hacer cumplir la sentencia y de recaudar la parte del castigo impuesto que al caudillo corresponde. De esta suerte queda terminada la cuestión. Si el condenado carece de recursos, su familia ha de pagar por él. Las deudas procesales no son nunca echadas en olvido, cobrándose á menudo aun después de transcurridos muchos años.

Los delitos contra el rey son castigados con cruel severidad, y en ellos la sentencia alcanza no sólo al interesado sino también á toda su familia y á todos sus bienes: todo es «consumido.» En ninguna cuestión son tan arbitrarias como en esta la acusación y la preoocupación, desempeñando en ella la superstición un papel principal. Así, por ejemplo, Dingan adujo como razón justificativa del asesinato de Pedro Retief y de sus 66 compañeros, la de que eran hechiceros: el horror que los cadáveres de estos infelices inspiraron al pueblo fué tal que cuando diez meses más tarde los boers conquistaron el kral de Dingan, encontraron

aquellos cuerpos intactos tal como habían sido arrojados á las aves de rapaña. Nauhaus califica la acusación de hechicería de «máquina política de los cafres para deshacerse de las personas mal queridas y apoderarse de sus bienes.»

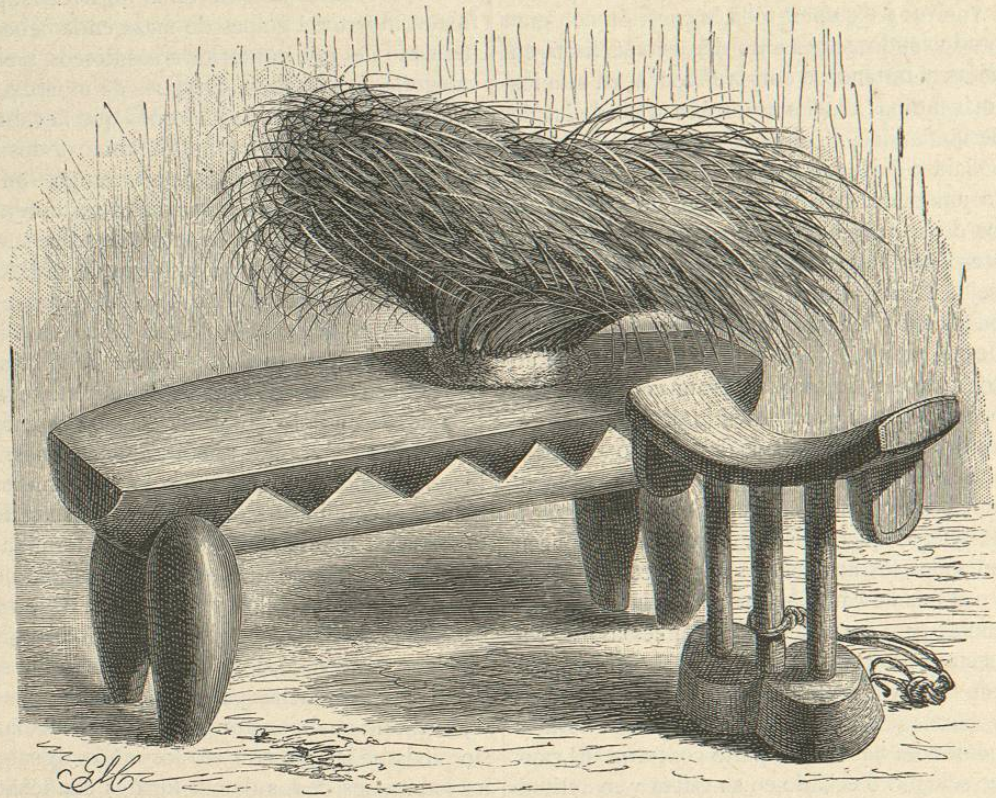
Gardiner presencié en 1834 en la capital de Dingan la ejecución de uno de los hermanos de este caudillo y de dos criados suyos. Un pelotón de verdugos armados de mazas arrastraba á las víctimas hacia una colina cercana, cuya ladera estaba cubierta de huesos de otras víctimas anteriormente inmoladas, y en la cual una elevada euforbia marcaba el sitio de la ejecución. Los dos criados, que intentaron fugarse, fueron por de pronto arrojados al suelo y golpeados en todas las partes del cuerpo para «quitarles las fuerzas», hecho lo cual los arrastraron al lugar del suplicio en donde fueron muertos á golpes de maza en la cabeza, mientras el hermano del rey, conforme á sus deseos, y en atención á su categoría, fué fusilado. Después de muertos, el jefe de los verdugos les arrancó los adornos que llevaban y volvió con ellos triunfante á la capital. Y como todos los bienes del ejecutado, cuando es éste de alto rango, son confiscados, y como la sentencia de muerte alcanza también á todos los parientes de aquél, por lejanos que sean, sucedió que Dingan envió 30 hombres al país en que radicaba el patrimonio de su hermano. El jefe de estas tropas ejecutoras refería poco después el modo cómo había cumplido el mandato en los siguientes términos: cuando hubo llegado al primero de los lugares que pertenecían al muerto, entró en él acompañado de un solo hombre para no despertar sospechas y luego fueron entrando uno á uno los demás: cuando se hubieron reunido todos, manifestó á los primeros hombres que tenía que comunicarles un encargo de su caudillo y que por lo tanto se reunieran en un sitio determinado para escucharle. Y habiendo cumplido este mandato, sus gentes se mezclaron con aquéllos y procuraron desvanecer toda sospecha que pudieran abrigar ofreciéndoles rapé; hasta que á un signo convenido, los ejecutores de la ley se arrojaron de repente sobre aquellas personas confiadas y les dieron muerte, hecho lo cual pegaron fuego á las cabañas y asesinaron sin piedad á las mujeres y á los niños. Igual suerte cupo á los habitantes de los demás lugares condenados á ser destruidos, siendo muy pocos los que se salvaron apelando á la fuga.

El hechicero es también entre los zulú el compendio de todas las ciencias, de todos los recuerdos y presentimientos. El fondo de su arte estriba en el trato con los espíritus de los muertos, á los cuales el zulú atribuye poderosa influencia sobre la suerte de los vivos. Y en realidad este personaje no deja de poseer cierta ciencia verdadera y algunos europeos han podido apreciar la eficacia de sus hierbas y raíces medicinales. El hechicero pertenece á la clase de médicos, sólo que está en un escalón más alto: los hechiceros, sin embargo, no lo abarcan todo. Algunos médicos entienden unas enfermedades, por ejemplo las lombrices, más que otros de sus colegas, y por esto los hechiceros les envían aquellos de sus enfermos que las padecen. Es muy dudoso que esta ciencia pase del conocimiento de algunos productos medicinales. Bleek sostiene que los doctores de los cafres de Natal sólo disecan á los animales y que únicamente en tiempo de guerra hacen la autopsia también, aunque en secreto, de los hombres. Pero esto no es más que una afirmación aislada. Los hechiceros, como sus mismos enfermos, no se contentan con remedios naturales, sino que á su modo de ver es más eficaz y más segura la intervención de las fuerzas sobrenaturales, por medio de las cuales pueden curarse otros males que no son enfermedades, como por ejem-

plero sufrimiento de amor, odio, envidia. El pueblo sabe mucho sobre este particular, pero la parte sublime de esta ciencia constituye el secreto de los hechiceros. El número de presagios es tan considerable que la vida de esos hombres está por todos lados sujeta á la influencia de éstos (véanse nuestras indicaciones de la pág. 153). Citemos algunos ejemplos. Beber leche mientras truena, atrae el rayo: el que bebe leche (*amasi*) en un kral extranjero cometerá allí un crimen: al día siguiente de un granizo no se puede trabajar en el campo, pues de lo contrario vendría otro granizo: el que mata un azor, morirá: si uno de estos pájaros se posa en un kral, es signo de desgracia para su dueño: el canto del gallo antes de media noche significa muerte para el hom-

bre ó para una res: igual significación funesta tiene el que un perro ó un becerro salten dentro de una cabaña ó la aparición de un conejo en un kral: los pelos del bigote de un leopardo ocasionan una enfermedad ó la muerte al que inconscientemente se traga alguno comiendo; en cambio, el que coma alguno de estos pelos con carne del propio animal, adquiere valor y tiene suerte en la caza: los perros que comen el pico y las garras de algún pájaro se vuelven fuertes y valientes: el que se clava alguna espina se la ha de comer para no verse expuesto segunda vez á ello.

Hay algunos animales que no se matan y aun se veneran porque se cree que en ellos residen los espíritus de los muertos. Cuando cierta clase de culebras penetra en las ca-



Taburete y almohada para la cabeza, de los zulús: esta última se usa cuando se lleva alguna carga. (Museo de la Casa de Misiones, de Berlín).
1/4 de su verdadero tamaño

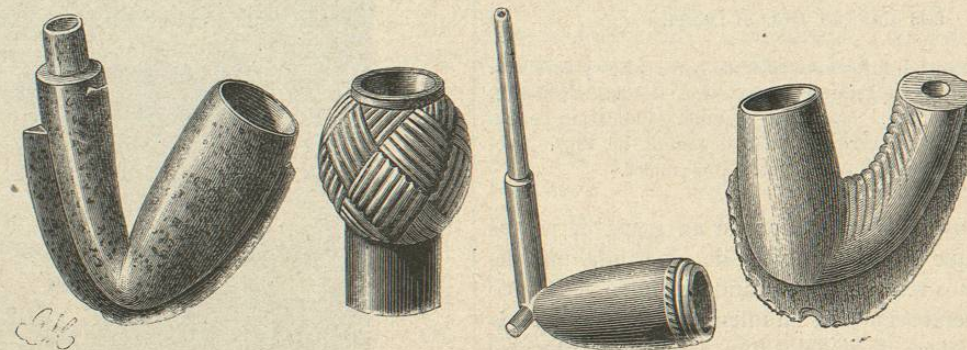
bañas de esos cafres, saludarla con estas palabras: «El espíritu de nuestro amigo nos ha venido á ver.» En los leones y en los elefantes ven la encarnación de caudillos poderosos. También dirigen sus oraciones á las sombras incorporadas de sus antepasados ó de sus reyes famosos, les hacen sacrificios y esperan que han de auxiliarles en todos los apuros y enfermedades. Existe una leyenda según la cual las sombras van por debajo de la tierra y allí viven con todos sus antepasados, igual ó más felizmente que en este mundo, con la única diferencia de que así ellas como sus rebaños y sus chozas son extraordinariamente pequeños. Una vez un hombre fué llevado por un gran león á una caverna, en la cual vió todo esto, pero pronto los espíritus le enviaron de nuevo á la tierra dándole un poco de comida. A las sombras ó espíritus de los muertos les dan el nombre de *ihlosi* (en plural *amahlosi*) ó de *itongu* y creen que con oraciones y con sacrificios pueden ser nuevamente atraídos al número de vivos ó inclinarse á auxiliar á éstos en sus enfermedades y situaciones difíciles. El sacrificio mejor que se les puede hacer son los animales de rebaño y sobre todo la vaca y el buey; por regla general, el espíritu invocado señala por boca del hechicero cuál es la res cuyo sacrificio más le ha de

agradar. En otro lugar (pág. 151), hemos descrito alguna de las prácticas que respecto de este particular se ejecutan, explicadas por un hechicero zulú. La más notable y generalizada de todas ellas es la alta consideración que merece la bilis, á la que se atribuye la propiedad de aplacar la cólera de los espíritus y de conquistar la benevolencia de éstos: por esto se bebe la bilis y con ella se rocía el cuerpo: la vejiga beliar se lleva como adorno (véase pág. 181). Si el animal tiene poca bilis, dicen los zulús: «Los *amahlosi* se han bebido la bilis, cuando el animal aun vivía», superstición que indica una diferencia entre los espíritus, considerándose los que tal hacen como malos ó desfavorables. Las evocaciones más comunes son las de los espíritus ó sombras de los padres ó antepasados, pero sobre este particular ningún observador nos ha facilitado explicaciones claras. Comparada con la importancia práctica de la creencia en los presagios, está muy distante de la vida común la leyenda originaria que cree en un *unkulunkulu* «gran grande» que salió de un palo ó de una caña y al cual algunos dieron por compañera ó mujer á una *umwelikangi* (creador) que había nacido de igual manera: ambos vivían en un jardín (recuerda esto al cristianismo?) lleno de magníficos fru-

tos y se multiplicaron. Están probablemente equivocados los que hablan de un creador, *umwelikangi*, único. Con estos espíritus se comunican los vivos no sólo en los casos de enfermedad, sino también en todas aquellas cuestiones que por su importancia se recomiendan para una combinación ideal, tales por ejemplo como la entrada en una aldea acabada de construir ó simplemente en una cabaña nueva, los momentos que preceden á la batalla (pág. 190), la recolección de la cosecha (pág. 182), los matrimonios, etc. El clima del Zululand hace menos necesarias las prácticas para hacer llover que en la vertiente occidental de la cordillera Katalamba: los que en aquel territorio se entregan á ellas son por regla general betschuanos procedentes de esas comarcas en las cuales tanto escasea el agua.

Un indígena lleno de fe en todas estas cosas describía en los siguientes términos «la escuela del hechicero»: «Sucede que el candidato para este cargo está enfermo hasta el fin del año, y luego se somete á la enseñanza del arte de curar, con lo cual se pone por encima de los médicos curadores. Y cuando después se presenta, manifiesta su deseo de

ir á los pantanos. Regresa pintado con arcilla blanca y trayendo consigo algunas serpientes. Y entonces se van á los sacerdotes y dicen: «Amigo mío, este hombre será un sacerdote.» Y luego lo cogen, lo atan fuertemente y le conducen delante de aquellos que han llegado á ser sacerdotes. Y al llegar á donde están éstos, le cogen y lo echan á las aguas del mar, y después de haberlo echado, lo dejan allí, pero en el mismo ó en otro día lo vuelven á ver. Al cabo de algunos días, viene como sacerdote y practica. Después de ser admitido, baila acompañándose con los cantos que consigo ha traído y el pueblo aplaude con las manos. Mata vacas, cabras y todo menos carneros: la causa de que no se toque á éstos es porque cuando los matan no gritan. Ha de haber algo que grite cuando se mata algún animal. Con las vejigas y con la vejiga biliar cubre su cabeza, hasta que aquéllas le cuelgan por todos lados. Se va al pantano lleno de serpientes y aligadores, y si coge una serpiente, tiene poder sobre ella; y si coge un aligador, tiene poder sobre él; y si coge un leopardo, tiene poder sobre leopardos; y si coge una serpiente venenosa, tiene poder sobre las serpien-



Pipas de piedra para tabaco, de los zulús (Museo de la Casa de Misiones, Berlín)

tes más venenosas. Y así consigue su rango, el del leopardo para coger leopardos y el de la serpiente para coger serpientes.»

Para no terminar este capítulo con esa muestra ruda y salvaje de la imaginación de los zulús, transcribiremos algunos cantos de éstos, fielmente traducidos por Grout, que por lo menos están algo más al alcance de nuestra inteligencia que aquel pagano aquellarre.

CANTO EN HONOR DEL REY.

¡Salud, señor! ¡Salud, gran rey! Tú eres negro,
Tú vigilas mientras otros descansan, tú eres como una montaña.
¡Tú, oscura tumba de Nobamba!
Siempre juntando los huesecitos de los enemigos de dentro y de lejos,
Buey de manchas negras de Zwa Ngendaba,
¡Tú, matador destructor de Makanda y de Unseles,
Devorador voraz de la raíz, de la rama,
Del tronco de Menzi! Saqueando hasta que todo está saqueado;
Tú, fuente de Nobamba, bebiendo de la cual
Precipitá á la muerte á las sombras del Punga.

CANTO EN ALABANZA DE TSCHAKA.

Tú eres verde como la bilis de la cabra;
Mariposa de Punga, adornada con manchas circulares;
Creado como en la luz crepuscular de las sombras de las montañas
En la oscuridad de la noche, cuando los hechiceros se habían puesto
[en camino.

Hijo de Punga y de Makeba con ojos de linco
A cuya presencia me siento siempre hechizado.
¡Qué miembro tan magnífico! ¡Oh ternera de la vaca!
La aparición de esta vaca confunde mi cabeza,
Abate al ordeñador y se pone delante del que la aguanta (1).

(1) Para ordeñar, algunas veces uno aguanta la vaca por los cuernos y por la nariz mientras otro la ordeña: la poesía hace referencia

CANTO EN ALABANZA DE DINGAN

Tú, retoño de la loba
Que descubres los bueyes de los hombres,
Pájaro de Manbe, veloz como una bala de fusil,
Esbelto, derecho, de hermosas proporciones en los miembros;
Tu res se parece á un panal de miel,
Un rebaño demasiado grande, demasiado espeso para moverse.
Devorador de Umzilikase, de Matschubana;
Devorador de Swasis, hijo de Sobusa;
Destructor de las puertas de Matschubana;
Devorador de Gundani, de Matschubana;
Devorador de Golela, de Matschubana;
Devorador de Pusukuyekela, de Matschubana;
Devorador de Nzimasana, de Ludidini.
Un monstruo en magnitud, de poderosa fuerza;
Devorador de Ungwati de antigua tribu;
Devorador del regío Nomafu;
Como el cielo de arriba derramando lluvias y rayos de luz.

DE UN CANTO Á MPANDE

¡Tú, hermano de Tschaka, que has pasado intencionadamente (2)!
Golondrina que voló al cielo,
Golondrina con el pecho barbudo;
Cuyo rebaño camina en montones tan apiñados,
Que hace vacilar la tierra cuando corre....
De la tribu de Ndabasita, baqueta de bronce,
El que sobrevive á todas las demás baquetas.
Las demás se rompen y dejan á esta en el Soot
Pensando en quemarlo en un día de lluvia.
¡Carne del búfalo de Inkakavini!
Siempre magnífica, con sólo estar asada,
Siempre sin sabor, cuando está cocida.
La mujer de Mankebe está encantada,
Ha visto el leopardo de Jama, etc. etc.

á dos criados ó capitanes del rey, de los cuales éste arroja á su capricho á uno para favorecer al otro.

(2) El Tugela (véase pag. 179).

Después de haber pasado cuenta de la larga serie de caudillos que con Mpanse combatieron contra Dingan, y después de haber ensalzado á algunos de ellos «cuyos bueyes ocultan aguijones en los plumeros de la cola» ó de haberlos comparado con enjambres de abejas, termina el himno:

Yo te ensalzo ¡oh rey! hijo de Yokwane, hijo de Undaba,
Enemigo implacable de toda conjuración.
Tú eres un elefante, un elefante, un elefante,
Toda la fama para tí, monarca, que eres negro.

CANTO EN LA CAZA DEL BÚFALO

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!
¡Un torbellino! ¡El búfalo!
Algunos nos abandonan regresando á sus casas;
Algunos siguen cazando y dando en el blanco;
Disparamos contra el que se levanta;
Dejamos yacer al que ha recibido los tiros.
¡Hurra! etc. etc.

CAPITULO IX

LOS CAFRES DEL SUDESTE

Los kosas (amakosas). — Primeros contactos entre cafres y europeos. — Hahabe y Galekas. — Primera guerra cafre. — Gaika. — Ndlambe. — Segunda guerra cafre. — Maquoma — Sandili. — Fundación de Cafreña. — Tercera guerra cafre. — El año de miseria de 1857. — Progresos de la civilización. — Los fíngus. — Los pondos.

Al citar á los zulús como tipo de un grupo de negros sud-africanos que ha de ser objeto de un estudio más detallado, hacemos resaltar, contrariando el orden geográfico que por lo general seguimos, un miembro intermedio en la gran serie ó cadena de pueblos que, además de parecerse en cuanto á su distribución geográfica, ofrecen grandes analogías antropológicas y etnográficas. Lo que diferencia á los zulús — los más renombrados de entre los cafres — de éstos es, en esencia, únicamente el hecho de que están más fuertemente unidos, bajo el cetro de enérgicos soberanos, formando una sola nación; siguiéndose de ello naturalmente una serie de particularidades de menor importancia y de carácter externo, como el traje, el armamento y demás, que en la vida en común crean ó la voluntad del soberano ó la fuerza de la costumbre. Este factor de la cohesión que caracteriza á una fuerte agrupación política lo encontramos también en algunas tribus que habitan al Norte de los zulús propiamente dichos, como por ejemplo la de los matabeles, que, sin embargo, son más pequeñas ó están más diseminadas. Como unidad política, únicamente tenemos la de los zulús, y esto precisamente ha hecho de ellos un objeto de gran curiosidad, gracias á la cual poseemos acerca de ese pueblo estudios mucho más ricos que los de cualquier otro pueblo del Africa. Estas razones pueden justificar su situación especial como tipo de los cafres del Sudeste, cuyas demás tribus principales sólo estudiaremos someramente desde el punto de vista de su propagación geográfica y de su importancia histórica. Repetimos que todo cuanto hemos dicho respecto del carácter, de las costumbres y de las ideas de los zulús, puede aplicarse, en tesis general, á los demás cafres del Sudeste, de la misma manera que el estudio de los principales rasgos característicos de los prusianos puede y debe ser aplicado á los demás alemanes, haciendo las convenientes salvedades acerca de las modificaciones locales.

Los portugueses y los holandeses encontraron tribus de color oscuro en las costas del Este y del Sudeste de Africa y las dieron á conocer en Europa con el nombre de cafres, es decir infieles, que les habían dado los árabes. Avanzaron

luego hacia el Oeste atravesando el gran río de los Pescadores, pero no se alejaron mucho, de suerte que éste, en 1780, constituía su frontera, siendo también el límite meridional de su propagación. Muy pronto se reconoció la homogeneidad que existía entre los grupos de esos cafres, situados en el punto más meridional, que desde fines del siglo pasado estaban en continua lucha con los holandeses primero y después con los portugueses, con las tribus que estos últimos habían visto antes más hacia el Norte: la semejanza de su aspecto exterior y de su carácter fueron causa de infinitas confusiones que han perjudicado la claridad de su historia. Como esos salvajes sostenían grandes luchas entre sí, unas tribus destruyeron ó absorbieron á otras: así les ha sucedido recientemente á los pondos con los conquistadores zulús.

En medio de toda esta confusión, hay, sin embargo, un punto fuera de toda duda y es que los kosas (amakosas,



Tumba de un caudillo zulú (según G. Fritsch)

amakosas) (1) siempre han sido conocidos como habitantes de los territorios más meridionales. Estos, cuyo nombre era ya en 1687 el de magoses (para una tribu cafre que habitaba en la costa Sudeste), son los primeros cafres con los cuales se pusieron los europeos en contacto, en el Sud de Africa, deduciéndose de este hecho que sus residencias debieron estar emplazadas en los territorios más hacia el Sud. En efecto, los pueblos de este grupo habitaron en otro tiempo al Sud y al Oeste hasta más allá del gran río de los Pescadores, y hasta el pie de la montaña de la Nieve; pero durante las luchas con los europeos fueron empujados cada vez más hacia el Norte y hacia el Este, de suerte que hoy pueden señalarse, en lo esencial, como fronteras de su territorio las siguientes: al Sud, el Kei con su afluente, el Indwe; al Norte, el río Umtanfuná; al Este el mar, y al Oeste los montes de Draken. Dentro de estos límites vivían, en otro tiempo, dos grandes ramas de esta tribu que se distinguían con los nombres de galekas y de hahabes: de ellos sólo subsisten como tribu independiente los primeros, pues los segundos han visto desaparecer su nombre genérico y se han diseminado formando una porción de pequeñas tribus. De éstas — muchas de las cuales han sido destruidas por las guerras zulús mientras otras, en número de unos pocos centenares de individuos, se han retirado á las montañas de Storm y de Zuur — corresponden á este capítulo

(1) En este nombre, *ama* es el prefijo que significa gentes, mientras que *Kosa* (*Xosa*, *Kusa*) se refiere al nombre de un caudillo, de suerte que el significado de la palabra viene á ser «gentes de Kosa». La mayor parte de los negros tiene la costumbre de aplicar á la tribu el nombre de un caudillo.

las de los ndlambes, mbalus, gwalis, duschanes, gaikas, y otras. El número de galekas se elevaba en 1856 á 70,000, y el de todas las pequeñas tribus de los kosas al de 140,000.

Los colonos holandeses no se pusieron en contacto con los cafres hasta que llegaron al río Domingo, en donde encontraron á la tribu de los kosas, tardando muy poco en convencerse de que este pueblo era muy distinto de las tribus hotentotes, únicas con quienes hasta entonces habían tenido relaciones. Mientras los boers se extendían, desde el siglo décimoséptimo, hacia el Norte y el Este, los cafres movíanse, desde mucho antes, en dirección al Sud y al Oeste y como aumentaban el número de sus individuos y el de sus ganados, víéronse obligados á extender sus pastos por la misma razón que los boers. Hacíase, pues, inminente un choque entre unos y otros. Estas dos corrientes de pueblos nómadas ó por lo menos nomadizadores, se pusieron en peligro y próximo contacto cuando los kosas, á mediados del pasado siglo, pasaron el gran río de los Pescadores y se extendieron por el territorio, abundante en pastos, que entonces acababan de abandonar los hotentotes gonaquías, á quienes aquéllos indemnizaron, según se dice, con una parte de sus rebaños. Este territorio es actualmente el distrito de Albany. Estos pueblos habitaron en paz juntos y en confusa mezcla apacentaron sus rebaños en los mismos territorios durante más tiempo del que podía haberse esperado dados el carácter y la necesidad de vastos territorios que á ambas poblaciones distinguían. Este estado de cosas acabó, sin embargo, desde el momento en que el gobierno de la colonia, accediendo á los deseos de los boers de que ensanchara sus fronteras, se anexionó este territorio. Entonces los boers se consideraron señores legítimos del país y procuraron deshacerse de sus vecinos negros: lo que, por fortuna, no se sabe de un modo seguro es si lo hicieron de la manera increíblemente brutal que refiere Thompson, apoyándose en el testimonio del misionero Brownlee, según el cual aquéllos invitaron á los cafres á una entrevista amistosa ofreciéndoles, además, algunos presentes y mientras estos infelices estaban examinando los regalos hicieron una descarga cerrada sobre el grupo. Algunos episodios de la historia de las relaciones entre los indígenas y los blancos hacen que no parezca de todo punto inverosímil tan vergonzoso atentado. Este encuentro debió acontecer á mediados del pasado siglo y si alguno da gran importancia á la fecha precisa del mismo puede fijarse en el año 1754, en el cual el gobierno del Cabo tomó posesión del territorio que se extendía hasta la bahía de Algoa. El gobernador Plettenberg, que en 1778 recorrió este país, fué el primer gobernador de la colonia del Cabo que trató oficialmente con los caudillos cafres, fijándose entonces aquella frontera que quedó subsistente durante muchos años «no porque Plettenberg fuera quien la fijara — según dice con razón Theal, el historiador del país del Cabo — sino porque al otro lado había una raza apta para hacer resistencia á los invasores. Si, en vez de ella, hubiera habido allí hotentotes, el río de los Pescadores habría sido atravesado, como lo fueron tantos otros, sin consideración alguna á las disposiciones que á ello se oponían.» Desde aquella fecha, la historia del Sud de Africa puede ser considerada como una lucha entre los europeos y los cafres. Los hotentotes, que hasta entonces habían figurado en primer término, se retiraron, por la razón de que, excepción hecha únicamente de los namaquías, se vieron de tal suerte destruídos entre ambos pueblos, que ya no se les consultó si querían ó no abandonar el territorio. Hacía mucho tiempo que estaban en contacto con los cafres viéndose por estos absorbidos, así es que en 1775 Sparmann encontró, al Oeste del gran río de los Pescadores,

una importante población mezcla de cafres y hotentotes.

Los kosas estaban mandados en aquella ocasión por el cruel caudillo Palo. Entre sus hijos Galeka y Hahabe (el Rahabe de los historiadores coloniales) estalló una lucha porque, á pesar de ser el primero el hijo de la mujer principal, era el menos á propósito para gobernar. Por fortuna para los colonos el pueblo de los kosas se dividió en dos partidos y después de algunas encarnizadas luchas, el acudillado por Hahabe pasó al otro lado del Kei, en donde por aquel entonces vivían los hotentotes y algunas pequeñas tribus cafres en confusa mezcla. Hahabe rechazó á los hotentotes que por última vez resistieron, unidos todos á sus opresores blancos y de color, pasándose el resto de los hotentotes al bando de los conquistadores, en el cual algunos de ellos lograron ocupar elevadas posiciones, mientras los demás se unieron por medio de numerosos matrimonios con los negros invasores. No se sabe á punto fijo en qué año murió Palo, pero lo más probable es que falleciera á principios de 1770: lo seguro es que estas luchas se sostuvieron en vida suya, pues se dice que murió al otro lado del Kei, en brazos de su hijo Hahabe. Este gobernó prudentemente, pero se vió envuelto en una guerra con los tumbús, uno de cuyos caudillos había casado con una hija suya, á la que después repudió ignominiosamente, dándole un presente de 100 bueyes. Hahabe sucumbió en aquella guerra, sucediéndole su hijo Ndlambe y su nieto Gaika, durante cuyos reinados se decidió la suerte de los kosas en la lucha con los blancos. El «hijo mayor» de Hahabe, llamado Mlan, falleció antes que su padre, dejando á un hijo de 10 años como soberano de todos los kosas de allende el Kei que entonces se denominaban ama-hahabes. En nombre suyo gobernó el hijo menor de Hahabe, Ndlambe, pero una parte del pueblo no quiso reconocerle y, siguiendo la costumbre cafre, para sustraerse á su soberanía, se dirigió hacia el Oeste, encontrándose al otro lado del gran río de los Pescadores con el pueblo mestizo de cafres y hotentotes, que los colonos denominaban gonaquías, y con los cuales se aliaron llegando á ser una verdadera plaga para los colonos á consecuencia de las rapiñas que organizaron. El gobierno colonial, sin meditar profundamente sobre ese estado de cosas, creyó poderse libertar de esta plaga firmando en 1793 un tratado de paz con Ndlambe; pero este tratado no tuvo eficacia alguna, porque las tribus fronterizas no reconocían á este caudillo. En el entretanto, Gaika había ido creciendo, y como Ndlambe no quiso cederle por completo el gobierno, estalló una nueva guerra civil. Ndlambe huyó, en 1796, con sus partidarios hacia el Oeste, en donde se apoderó de todo el territorio comprendido entre el río de los Pescadores y la bahía de Algoa, que los colonos presa del pánico abandonaron, y se atrajo á las tribus mestizas de cafres y hotentotes que en él vivían. Uno de sus principales partidarios fué el caudillo Kungwa, ya establecido anteriormente en dicho país, el mismo que más tarde hizo sufrir á los ingleses el primer descalabro en la bahía de Algoa.

Por aquel entonces habían los ingleses tomado posesión de la colonia del Cabo, y en 1797, el earl of Macartney envió á la frontera oriental á su secretario particular, Barrow, para llegar á una paz. Desconociendo las costumbres de los cafres, Barrow se dejó engañar y reconoció á Gaika como «rey» de todas las tribus del Oeste del Kei, considerando, en consecuencia, como rebeldes á Ndlambe y á sus compañeros, á quienes en vano se procuraba «reducir á la obediencia», es decir someter al poder de Gaika. Durante estas negociaciones, fué aumentando el poderío de Ndlambe, pues Gaika se había hecho, á los ojos de los cafres, reo de